

mayores épicos y líricos de la Edad Media; el cincel en las manos que esculpieron las puertas del Baptisterio florentino y levantaron las sombras de la escultura antigua sobre las cimas del sepulcro de los Médicis; los pinceles en aquellos artistas extraordinarios que coronaron el Renacimiento, y á la forma humana encorvada bajo la maceración y la penitencia, le dieron su primitivo vigor y hermosura: glorias, grandezas, que desaparecieron por sus enemistades, por sus odios, por sus guerras, por preferir la alianza con el Emperador ó con el Papa á la alianza con las democracias enemigas, por llamar contra la rival afortunada al bárbaro y al extranjero, emulando en errores y como en milagros á la antigua Grecia, viviendo de su vida de inspiraciones y expirando de su propia muerte.

Una República se estableció en Europa con ese carácter de independencia mutua y de semi separación con que aquí se sueña, y esa República, que no es otra sino Holanda, para buscar una sombra de unidad, comenzó por tener á su frente una monarquía hipócrita y concluyó por constituirse en monarquía definitiva. Así, los más ilustres pueblos republicanos del mundo marchan á la unidad; el pueblo de los Estados Unidos en América y el pueblo de la confederación helvética en Europa. Tres grandes momentos tiene en su historia el pueblo americano; la guerra de la independencia, la convención de Filadelfia, el advenimiento de Lincoln. Y estos tres momentos señalan tres grandes esfuerzos por la unidad fundamental de aquella República. En el primer momento los descendientes de los antiguos puritanos, los demócratas, los evangélicos, se reúnen con los descendientes de los antiguos caballeros, los aristócratas, los episcopales, para romper el yugo de la monarquía y establecer las repúblicas, que surgen, estrellas deslumbradoras, por los cielos del Nuevo Mundo. Pero recientes las rivalidades entre los colonos, poco expertos éstos en política, atentos á sus intereses, orgullosos con la soberanía de los Estados, individualistas por tradición y por temperamento, expían el régimen holandés, la semiseparación de las provincias que les da la anarquía demagógica en unas partes, la arbitrariedad oligárquica en otras, la pobreza en todas, la irregularidad en la percepción de los tributos, la guerra enconada entre los partidos, la falta de crédito fuera y la deshonra dentro, hasta que viene la gran Convención de Filadelfia á someter tantas fuerzas dispersas, á uniformar tantos Estados diferentes, á pacificar tantas guerras locales, fundando la unidad de la nación. Y todavía en este segundo progreso han dejado demasiada latitud á los Estados en su gobierno propio; y de esta excesiva latitud surgen dos males que pueden acabar con la confederación americana; un germen separatista que enerva las fuerzas de la República y una consagración de la esclavitud que la pudre y la desmoraliza. Y viene la gran crisis, aquella en que todos los monárquicos europeos se pusieron de parte del Sur, anhelando ver cómo el viento barría las estrellas que iluminaban y vivificaban nuestras esperanzas, la crisis de la última guerra, y se levanta la unidad de la patria, la unidad

de la República, la unidad del derecho, á castigar á los Estados Cárnicos y á fundir las pesadas cadenas de tres millones de esclavos. Y desde entonces no ha perdonado medio ni sacrificio el gobierno nacional para contener la unidad del derecho humano, sosteniendo la emancipación de los negros y para sostener la unidad nacional castigando rudamente á los Estados separatistas y rebeldes, porque sabe que sería la ruptura de la unidad, la perdición de la democracia en Europa y en América. Y lo que digo de América, digo de Suiza. Tres momentos tiene también el pueblo helvético, tres años que son como los días de su génesis: el año de 1815, el año de 1848 y el año 1874. Por 1815, la Santa Alianza de los reyes que dirigían la reacción europea, quiso acabar con esta República en el Congreso de Viena. Cuentan las crónicas que el dicho de un agudo jefe de la diplomacia reaccionaria salvó la confederación, «ese grano de almizcle que perfuma toda Europa.» Mas á fin de que no tuviera fuerza, vigor y grandeza, estableció un régimen separatista, un régimen holandés, que al poco tiempo había dado estos frutos de muerte; en los Estados protestantes una oligarquía aristocrática; en los Estados católicos una tiranía religiosa, la peor de todas las tiranías imaginables. Los pensadores y los patriotas convinieron en caminar hacia la unidad política y hacia la uniformidad de derechos. ¿Quiénes se opusieron? Como en América los Estados del Sur, en Suiza los Estados del Sunderbun; como en América los Estados esclavistas, en Suiza los Estados teócratas. Y por fin la revolución de 1848 consagró la unidad de la nación, y con la unidad de la nación la victoria de la democracia. Pero la excesiva autonomía dejada á los Estados de aquella Constitución, trajo violaciones al pacto fundamental, ataques á la inviolabilidad de la conciencia, soberbia oligarquía en los Estados, tiranía religiosa en otros, y la última revisión ha llevado más libertad á los ciudadanos y más concentración al gobierno. ¿Quién dejará de rendirse á la evidencia de estos ejemplos? Entre nosotros los pueblos semiseparatistas por excelencia son los pueblos vascos. Y miradlo, si exceptuáis aquella villa singular, cuyo heroísmo es nuestro orgullo y la admiración y la envidia de los extraños, la Zaragoza de la libertad; si exceptuáis aquellas ciudades que pertenecen al espíritu moderno; los que nacieron bajo el árbol de Guernica, el monumento más antiguo de la democracia en el mundo, los que salvaron sus repúblicas de todas las invasiones, haciéndolas tan fuertes como las montañas, contra las cuales se estrellan las férvidas olas del mar Cantábrico; los que se gobiernan á sí mismos con las instituciones más federales quizás de toda la tierra; por adscritos á sus altares y á sus ídolos, por separados en sus hogares, á un tiempo del espíritu moderno y de la unidad nacional, por no respirar el aire cargado de oxígeno que respira nuestra conciencia, han hecho de los riscos, que saludamos como asiento de los eternos municipios, los dólmenes sangrientos donde se sacrifica la libertad; han hecho de su árbol, cantado por los poetas y saludado por los oradores republicanos, el venenoso manzanillo de la democracia; han hecho de su hierro, que habían jurado emplear en defensa de sus liberta-

des, espadas contra nuestros corazones, argollas para nuestros brazos, siendo hoy esclavos de un rey absoluto y parricidas asesinos de la patria.

En el fondo de la guerra vasca hay una tendencia separatista y otra tendencia separatista en el fondo de la guerra cantonal. Las dos utopías se juntan en sus resultados; las dos son igualmente funestas. Hubo días de aquel verano cantonal en que creímos completamente disuelta nuestra España. La idea de la legalidad se había perdido en tales términos, que un empleado cualquiera de guerra asumía todos los poderes y lo notificaba á las Cortes; y los encargados de dar y cumplir las leyes, desacatábanlas, sublevándose ó tocando á rebato contra la legalidad. No se trataba allí, como en otras ocasiones, de sustituir un ministerio al ministerio existente, ni una forma de gobierno á la forma admitida; tratábase de dividir en mil porciones nuestra patria, semejantes á las que siguieron á la caída del califato de Córdoba. De provincias llegaban las ideas más extrañas y los principios más descabellados. Unos, decían que iban á resucitar la antigua coronilla de Aragón como si las fórmulas del derecho moderno fueran conjuros de Edad Media. Otros, decían que iban á constituir una Galicia independiente, bajo el protectorado de Inglaterra. Jaen se apercibía á una guerra con Granada. Salamanca temblaba por la clausura de su gloriosa Universidad y el eclipse de su predominio científico en Castilla. Rivalidades mal apagadas por la unidad nacional en largos siglos surgían, como si hubiéramos retrocedido á los tiempos de la barbarie, á los tiempos de zegríes y abencerrajes, de agramonteses y viamonteses, de Castros y Laras, de Capuletos y Montecos, de guerra universal. Villas insignificantes, apenas descritas en el mapa, citaban Asambleas Constituyentes. La sublevación vino contra el más federal de todos los ministerios posibles en el momento mismo en que la Asamblea trazaba de prisa un proyecto de Constitución, cuyos mayores defectos provenían de la falta de tiempo en la comisión y de la sobra de impaciencia en el gobierno. Y entonces vimos lo que quisiéramos haber olvidado; motines diarios, asonadas generales, indisciplina militar, republicanos muy queridos del pueblo muertos á hierro en las calles; poblaciones pacíficas excitadas á la rebelión y presas de aquella fiebre; dictadura demahógica en Cádiz; rivalidades sangrientas de nombres y familias en Málaga, que causaban la fuga de la mitad casi de los habitantes y la guerra entre las facciones de la otra mitad; desarme de la guarnición de Granada después de cruentísimas batallas; bandas que salían de unas ciudades para pelear ó morir en otras ciudades, sin saber por qué ni para qué seguramente, como las bandas de Sevilla en Utrera; los incendios y las matanzas en Alcoy; la anarquía en Valencia; las partidas de Sierra Morena; el cantón de Murcia entregado á la demagogia y el de Castellón á los apostólicos; pueblos castellanos llamando desde sus barricadas á una guerra de las comunidades, como si Carlos de Gante hubiera desembarcado en las costas del Norte; horrible y misteriosa escena de riñas y puñaladas entre los emisarios de los cantoneros y los defensores del gobierno en Valladolid; la capital

de Andalucía en armas; Cartagena en delirio; Alicante y Almería bombardeadas; la escuadra española pasando del pabellón rojo al pabellón extranjero; las costas despedazadas, los buques como si los piratas hubiesen vuelto al Mediterráneo; la inseguridad en todas partes; nuestros parques disipándose en humo y nuestra escuadra hundiéndose en el mar; la ruina de nuestro suelo, el suicidio de nuestro partido; y al siniestro relampagueo de tanta demencia, en aquella caliginosa noche, la más triste de nuestra historia contemporánea, surgiendo como rapaces nocturnas aves de las ruinas, las sinistras huestes carlistas, ganosas de mayores males, próximas á consumir nuestra esclavitud y nuestra deshonra, y á repartir entre el absolutismo y la teocracia los miembros despedazados de la infeliz España.

Después de haber mostrado las causas que produjeron el combate mortal entre la Montaña y la Girona en el comienzo y raíz de la República francesa, desde aquel entonces perdida, pues generaba en su vientre sin saberlo el cesarismo, hemos querido tender una línea la cual llegara en el tiempo y en el espacio, desde las antiguas repúblicas griegas á la República española, con objeto de mostrar cómo las mismas causas producen siempre los mismos efectos: la falta de unidad en lo alto y la falta de concordia en lo bajo, mata y deshonra las democracias, eclipsa y oscurece la santa fecundísima libertad. Los teorizantes de sistemas extremos, suelen mirar las ideas y las cosas por un solo costado y bajo un solo aspecto; y las cosas como las ideas con dificultad son cuerpos simples; nada numerosos éstos en la naturaleza, son por una regla general cuerpos compuestos. Si en la naturaleza hubiera únicamente atracción, aglomeraríanse todas las moles en una mole inmensa, bajo la cual quedaría como aplastada la rica variedad de mundos que vemos en el espacio. Si hubiera únicamente repulsión en la naturaleza, destruiríanse las constelaciones que abrillantan espléndidas nuestras noches. Los sistemas solares tan concertados y armoniosos, no podrían existir; iriase cada orbe por su lado en la inmensidad de lo vacío y disgregándose los átomos y destruyéndose los organismos, volveríamos precipitadamente á los horrores del caos. Pues bien, si como hay que mirar el universo por su variedad y unidad al mismo tiempo, no destruyéndolas, completándolas, hay que mirar la sociedad reflejo del universo y hay que dar á las unidades fundamentales su correspondiente tributo, como también su tributo á la rica fundamental variedad. No veían los montañeses en Francia más que la unidad, y no veían los girondinos en Francia, muy adversarios de París y de las instituciones que París producía, no veían más que la variedad. En la teoría montañesa, Francia era como una enorme testa sin cuerpo, y en la teoría girondina era Francia como un enorme cuerpo sin cabeza. Erraban los unos y los otros, porque todos prescindían de la realidad como si el mundo se redujese á su ideal y á su partido. No se puede prescindir del principio de variedad como querían prescindir los montañeses; no se puede prescindir del principio de unidad como querían los girondinos, llevados unos y

otros á los mayores extremos del credo propio, en los mayores excesos del combate continuo. Pero siempre que ponéis una sociedad en el caso de optar entre los principios de concentración, y los principios de disolución, opta por los principios de concentración. Poner á un pueblo en el caso de elegir entre la anarquía y la dictadura, optará siempre por la dictadura. El toque de la dificultad política se halla en ir combinando el principio de autoridad con el principio de libertad; el principio de unidad con el principio de variedad; las fuerzas de concentración y absorción, con las fuerzas de expansión, porque no habrá equilibrio sino contrapesándose los contrarios y produciendo en sus afinidades sistemas que prevalecen siempre sobre las desafinidades extensas, el principio y el desarrollo de la vida. Si Grecia hubiera combinado su variedad bajo una superior unidad, nunca desapareciera tan hermosa nación del mapa, nunca bajara como bajó á brazos de los déspotas. Pero quiso prescindir Grecia de la unidad y al prescindir de la unidad, mató sin saberlo sus repúblicas, y al matar sus repúblicas, trajo consigo primero el despotismo interior de Filipo que la sometió á su yugo y luego el despotismo exterior de Alejandro, que la llevó como á la cola de su caballo atada por los desiertos del Asia y esparció allí en aquella inmensa unidad, el vario y rico y fecundo y creador espíritu heleno. El mundo no hubiera deificado al grande Alejandro como lo deifica, no lo hubiera preferido á todos cuantos conquistadores guarda la historia, como lo prefiere, no le hubiese acompañado con sus loores por todas partes como lo acompaña hoy mismo, si Alejandro se reduce á tiranizar Grecia, y erigiendo sobre sus espacios un trono, goza en él, de fácil despotismo. Pero cuando salva el principio de unidad helénica, recoge del seno de la Grecia una, su espíritu inmortal, sacude las ideas que habían brillado desde los tiempos de Tales hasta los tiempos de Aristóteles, aplica los oráculos del antiguo saber al Oriente, mezcla las razas y las religiones en el gran principio de la unidad humana: cuando todo esto hace, hay que reconocerlo entre los bienhechores de la humanidad y hay que alzarlo á los más sublimes y á los más sanos altares de la historia. Por eso el género humano, que no ha perdonado á César el sacrificio de la vieja República patricia, que no ha perdonado á Carlos V el sacrificio de la República florentina y de las comunidades castellanas, que no ha perdonado á Felipe II el sacrificio de las instituciones aragonesas, que no ha perdonado á Monk la vuelta de los Estuardos á Inglaterra, que no ha perdonado ni perdonará nunca, á Bonaparte, el sacrificio de la República francesa, olvida en lo posible que Alejandro destruyó la República griega, viendo como esparce su espíritu y su ideal por todo el género humano.

Da vértigos materialmente la carrera de Alejandro. Recogidos los despojos tras victorias tan enormes, entran sus huestes en Damasco, y suben como águilas por las laderas del hermoso Líbano, cuyos cedros sirvieran á las primeras navegaciones, y domaran, convertidos en naves, el Océano indómito. Fenicia, Siria, Palestina, se doblegan á su paso

como los débiles arbustos por su caballo de guerra tronchados en los bélicos empujes. El templo de Salomón le abre sus puertas, y el canto de los salmistas le bendice como si viniera de parte de Jehová. Tiro, Sidón, Chipre, Lesbos, las tierras más ilustres caen de hinojos á su presencia y ofrecen coronas á sus sienes. En la desembocadura del Nilo funda su Alejandría, cuyos faros dirigen las navegaciones y cuyos pensamientos renuevan el espíritu. Después de haber bebido las aguas sagradas en que van disueltos tantos misterios; después de haber saludado las pirámides iluminadas por las ideas y pulidas por los siglos entre alamedas graníticas de obeliscos y mudos coros de gigantescas esfinges, dirígese al templo de Júpiter Ammón y conversa con el desierto líbico, fecundo en recuerdos, y con el cielo inmenso, esplendente de revelaciones. Su voz hierática se mezcla en himnos sin fin á las profecías hebreas, prosperando el mesianismo que las sostiene como sus manos sacerdotales ofrecen sacrificios al buey Apis en las murallas ciclópeas de Menfis. De allí, queriendo medirse con todos los poderes y tratar con todos los dioses, marcha rápidamente á Babilonia, no sin haber tenido que ganar antes batallas como la de Arbela, y no sin haber sumergido un poco su alma helénica en el inmenso panteísmo asiático. Después llegó á Persépolis, donde los monumentos titánicos desconcertaron sus ideas griegas respecto de proporción y de armonía. Los templos parecidos á montañas, las poblaciones parecidas á cordilleras; aquellas graderías como sobrepuestas para ofrecer ascenso á dioses; las pilastras parecidas á edificios enteros y coronadas con diademas de palmitos, en las cuales se graban misteriosas leyendas; los colosos tallados en granito; las esfinges con sus cabezas de mujer y sus colas de vaca; los altares enormes, no hicieron más que agrandar las proporciones de su gigantesco espíritu y sugerirle ambición mayor á la sentida por su insaciable corazón hasta entonce. No contento con tales conquistas corre á las montañas medas y se propone penetrar en el centro mismo de Asia y en la matriz donde se forja la vida de tantas razas. Aquella Bactriana á que Semíramis había llevado con arrojo el espíritu de Caldea, véase invadida por el espíritu de Siria. En su afán de subir este hombre, había subido hasta el techo de nuestro planeta, cual si quisiese tocar desde allí las estrellas. Sacerdotes de todos los cultos le acompañan; dioses de todas las teogonías le siguen como cautivos, despojos de todos los templos llenan sus carros de guerra, el mago y astrólogo caldeo, el gramático jonio, el sofista griego, el nabí de las religiones proféticas, el sirio domesticador de serpientes, el egipcio intérprete de jeroglíficos, el geta, que invoca los dioses infernales al son de su tambor diabólico, le siguen y le obedecen, como queriendo forjarle un cortejo de ideas. Así no sabrá detenerse ante ningún obstáculo. El Cáucaso y el Tauro le servirán de trono; el Caspio y el Mediterráneo de alfombra; con igual empeño requerirá para su imperio la vieja Troya henchida con una civilización secular que la bárbara Tartaria, desolada por guerras continuas. Él hará de la vieja Ecbatana un sitio real; de la hija semisalvaje del Oxo inexplorado, su esposa; de los hechiceros, sus